

Como Ser Salvo

Mensaje predicado por el Ob. B. Luis en Miami, el día 20 de septiembre de 2003

Buenas tardes, queridos hermanos. Bendigo a Dios y le glorifico por esta oportunidad que nos concede de estar reunidos aquí para ser alimentados por medio de su santa palabra; y especialmente le doy gracias porque me ha concedido a mí ser el predicador de turno.

Sé que el programa se ha alargado, pero al subir aquí recibí una nota que dice: “*Obispo, tome todo el tiempo que sea necesario. Pastor Mario Aguilar.*” Realmente, yo deseaba ser breve, pero tal vez me extienda, pues el pastor nos autoriza a tomar más tiempo.

Me he sentido bien en esta primera parte del programa, e incluso encuentro que muchos de los números que se han presentado concuerdan con las ideas que yo quiero expresarles.

Quiero dirigirme en forma especial a los miembros de la Iglesia; creo que para todos habrá bendición en el mensaje, así que no es exclusivamente para los miembros, pero quiero que los miembros presten especial atención, porque mayormente a ellos quiero dirigirme; y sobre todo a los miembros que no pertenecen a la Brigada de Luz.

La Iglesia de Dios es viva. Las Escrituras nos dicen que la Iglesia es el cuerpo de Cristo (Col.1:24), y el cuerpo de Cristo no es un cuerpo muerto, porque Él vive, y su Iglesia está viva; y todo ser vivo se mueve, crece, y está sujeto a cambios. Los cuerpos muertos no cambian; una piedra no cambia, no se mueve por sí sola; los cuerpos vivos tienen movimiento, pero un movimiento controlado; no son como un huracán desenfrenado. En la Iglesia es forzoso que haya cambios; y a través de los tiempos los ha habido, y los habrá, pero todo esto tiene que ser regulado bajo la dirección del Espíritu Santo. Cuando es necesario, la Iglesia puede modificar su disciplina, puede modificar su forma de trabajo, incluso su liturgia o forma de culto (nunca la doctrina de Cristo, nunca la palabra escrita en las Sagradas Escrituras); todo esto puede ser modificado cuando las circunstancias lo requieran, pero todo esto debe hacerse con orden.

Cuando se presenta la necesidad de introducir algún cambio, después de estudiar el asunto, de considerarlo entre los oficiales (mayormente en el Concilio), y al fin se establece, la Dirección lo anuncia oficialmente a toda la Iglesia; pero lamentablemente, a más de esto, ya sea en la forma de interpretar la doctrina, o en la forma de practicarla, a veces se introducen (o se tratan de introducir) cambios que no parten de un orden oficial, sino que se van introduciendo poco a poco extraoficialmente por el deseo de algunos de imitar al mundo, o a otras instituciones religiosas, y esto no es correcto.

En otros tiempos escuchamos, en labios de algunos predicadores mal orientados, ciertas expresiones indebidas, diciéndoles a los miembros que estaban perdidos en su condición

de miembros; eso es un error. Pero por reacción, ahora hay quienes tratan de infundir en los miembros la falsa confianza de que ya están salvados, y eso es otro error. Ningún miembro de la Iglesia, ningún discípulo, ningún ungido está perdido ni está salvado; creo que todos estamos en el camino de la salvación, pues dijo Cristo: ***“Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo”*** (Mat.24:13), y éstas son palabras autorizadas, palabras de Jesús, el Hijo de Dios.

Pues bien, en la antigua literatura de nuestra Iglesia, en los mensajes que predicaba y escribía el apóstol fundador, y en los de sus sucesores, a los miembros de la Iglesia se les daba el calificativo de miembros de la Iglesia visible, y a los ungidos el de miembros de la Iglesia espiritual. En esto hay una cierta diferencia: todos somos miembros de la Iglesia, pero unos miembros de la Iglesia visible, es decir, de la institución, de la organización oficial, y los otros miembros de la Iglesia espiritual; únicamente a este último grupo es al que se le llamaba miembros del cuerpo de Cristo, pero últimamente hemos escuchado decir que una persona, al ser bautizada en agua, ya pasa a ser miembro del cuerpo de Cristo. No encuentro apoyo para esto ni en las Escrituras ni en la literatura de nuestra Iglesia, y para confirmarlo quiero leerles el Manual, en la página ciento ocho, lo que sigue:

El cuerpo de Cristo definido.

Los que están en el cuerpo de Cristo son los ungidos con el don del Espíritu Santo, quienes han recibido y retienen el poder y los dones según la gracia. Rom.12:4-8; 1Cor.12. El cuerpo es uno, pero los miembros muchos, porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo...

No por ser bautizados en agua, sino por ser bautizados en el Espíritu es que pasamos a formar parte del cuerpo de Cristo. Esto no lo digo de mí, lo digo basado en el Manual y en las Sagradas Escrituras. Pero bien, de hace unos años para acá la Dirección de la Iglesia ha concedido a nuestros miembros esperar en el don del Espíritu Santo sin que por ello estén comprometidos a dar su voto como discípulo de Cristo. Pudiera esto llegar a ser un desorden si se descontrola, pero dentro del orden establecido es una grande bendición para todos, especialmente para nuestra membresía, y yo quiero que mis palabras en esta tarde les ayuden a no sentirse cómodos en su posición, en su estatura actual, sino que les hagan sentir la necesidad de crecer, de buscar más de Dios para llegar a ser parte del cuerpo de Cristo en realidad.

Hemos leído algunos trataditos que publican otras organizaciones titulados: “Cómo ser Salvo”, y los presentan en una forma tan sencilla que pueden confundir a muchos. Ellos citan este versículo: ***“Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda mas tengan vida eterna”*** (Jn.3:16). Citan mucho otro versículo que dice: ***“...Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú, y tu casa”*** (Hech.16:31). Eso es verdad, pero no es toda la verdad; está en las Escrituras, no podemos negarlo, pero no es una verdad completa, y las medio verdades son peligrosas. ¿Quién es un creyente en Cristo? ¿El que lo dice, el que se lo imagina, el que lo lleva en su mente, en sus sentimientos tan sólo? ¡No! El Señor Jesús, en su palabra, ha declarado quien es el que cree en Él en realidad, y quien es el que cree en Él en una forma ilusoria, vana. Él dijo: ***“...el que en mí cree, las obras que yo hago***

también él las hará...” (Jn.14:12). Ese es el creyente, el que hace las obras de Cristo; no es el que se lo imagina, sino el que lo demuestra con las obras. Y en Marcos 16:17 y 18 dice: **“Estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán fueran demonios; hablarán nuevas lenguas; quitarán serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.”** Y sigue diciendo que los discípulos salieron gozosos, predicando la palabra y confirmándola con las señales que se seguían. Es decir, que no basta con creer como simple fenómeno mental, de imaginación o de sentimiento; la creencia, la fe, se demuestra en obras. Dicen que el amor y la fe en las obras se ve, y el Señor en su palabra dice que el creyente real, el verdadero, tiene señales que le identifican, y esto se alcanza por gracia, por la misericordia de Dios, a través del bautismo del Espíritu Santo.

Dijo también el Señor a sus discípulos, hablando acerca del Espíritu Santo: **“...está con vosotros y será en vosotros”** (Jn.14:17). Está (*tiempo presente*) con vosotros, y será (*tiempo futuro*) en vosotros, es decir, que antes de que el Espíritu Santo fuera derramado en forma gloriosa el día de Pentecostés, ya estaba con los discípulos de Cristo, y prueba de ello es que les usó en hacer milagros, en hacer sanidades, porque estaba con ellos. Pero el día de Pentecostés fueron revestidos de ese poder, y entonces el Espíritu hizo morada permanente en ellos. Ya no sólo estaba **con** ellos, sino que estaba **en** ellos, y en eso hay diferencia, por lo tanto nosotros podemos entender que cualquiera hermano, cualquiera que ya comienza a acercarse a Dios a través de su Iglesia, que comienzan a asistir a los servicios, que comienza a aceptar el mensaje, que comienza a obedecer, ya el Espíritu Santo está obrando en él. Aun antes de ser ungido, el Espíritu Santo está obrando en esa persona, o lo que es lo mismo, está con él, y tanto más cuanto más se acerca a Dios y más fiel tratar de ser. El Espíritu está con él para conducirlo, para guiarlo, hasta llevarle al verdadero lugar de arrepentimiento donde pueda hacer morada en él, por lo tanto creo que también el Espíritu contiene con los miembros de la Iglesia que no son ungidos, pero aún no ha hecho morada en ellos, y esto es necesario, por tanto no se contenten con la situación presente, sino que deben buscar más de Dios hasta ser llenos de Dios plenamente.

El apóstol Pablo consideraba tan importante la unción del Espíritu Santo, es decir, consideraba tan vital el que el Espíritu Santo morara en el creyente, que dijo: **“...Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de Él”** (Rom.8:9). Quiero aclarar que esa no es una expresión de Daddy, aunque él la repetía mucho; esta no es una expresión propiamente de Daddy, sino del apóstol Pablo. Pero ya les dije que aun aquellos que no son ungidos tienen la compañía, el auxilio del Espíritu Santo para ayudarles, por lo tanto no están desprovistos totalmente del Consolador. Pero eso no basta, porque creo que la aspiración de todo creyente es llegar a participar de la resurrección de los justos, llegar a ser salvos, porque esto es precisamente lo que culmina en la salvación, el llegar a la resurrección de los justos.

Y hay otro versículo donde el apóstol Pablo hace una declaración muy importante. Dice: **“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”** (Rom.8:11). Atendamos a esto bien: aquí hay un sí

condicional; aquí hay una condición para que lleguemos a ser levantados en la resurrección de los justos: No dice que si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús está con vosotros, sino si mora en vosotros. Si el Espíritu mora en vosotros, entonces, el que levantó a Cristo Jesús también vivificará vuestros cuerpos mortales. No basta con el auxilio del Espíritu Santo en una forma externa; no basta con que de tiempo en tiempo les conmueva, les reprenda, o trate de acercarlos a Dios; es necesario que el que no a recibido el bautismo del Espíritu Santo lo busque con sinceridad, con arrepentimiento, porque Dios quiere hacer morada en él, pero esto no se logra solamente con el deseo.

Jesucristo dijo: ***“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”*** (Jn.14:21). Es una promesa del Señor, manifestarse al que tiene sus mandamientos y los guarda; pues ese es el que le ama, y a quien Él ama, y a quien se manifestará. De ahí que es sumamente importante la fidelidad, la obediencia a la palabra de Dios, para que Dios esté contento con nosotros y se manifieste en nuestras vidas. Algunos, equivocadamente, pretenden tener las manifestaciones del Espíritu a espaldas de la ley de Dios, pero nosotros entendemos que la entrega al Señor, en obediencia a sus mandamientos, es básica para que Él se manifieste en nuestras vidas. También dijo el Señor: ***“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos con él morada”*** (Vers. 23). Para que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo moren en un creyente, hay una condición: guardar su palabra.

Entendemos por esto que es necesario que el Espíritu Santo habite en nuestros corazones, que Dios habite en nosotros en Espíritu, para que nos ayude a perseverar hasta el fin, y ser salvos, ser participantes de la resurrección de los justos. No debemos quedarnos a medias en el camino, o conformes, o confundidos, o sugestionados con cierta alegría momentánea, con ciertas formas externas, porque esto puede ser peligroso. Es necesario que de verdad tengamos el testimonio de Dios en nuestros corazones.

Ya les dije que la diferencia entre un falso creyente y un creyente verdadero estaba en las señales milagrosas que ningún ser humano puede hacer por sí mismo; ningún ser humano, con sus facultades puramente humanas, puede sanar a un enfermo o puede echar fuera un demonio ni puede hacer milagros; esto únicamente se hace mediante un espíritu fuerte. El Espíritu de Dios lo hace, y el espíritu del diablo también lo hace.

Aunque sea de lejos hemos escuchado, y quizás hemos, visto, como por el espíritu de Satanás se aplacan los demonios, y se hacen curaciones, y se profetiza; entonces, el hecho de que en algunas personas se manifiesten estas cosas sobrenaturales no es garantía de que es el Espíritu de Dios el que está obrando en ellos. Hay que tener cuidado, y por eso el apóstol Juan dijo: ***“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, porque muchos falsos profetas han salido en el mundo”*** (1Jn.4:1). Eso quiere decir que las personas en quienes no hay manifestación espiritual alguna, es porque espiritualmente están muertas. Ahora, el hecho de que haya un espíritu que actúe en ellas y que les permita hacer obras extraordinarias, eso de por sí no es garantía de que están a bien con Dios. Hay que probar si es de Dios o no es de Dios el espíritu que actúa, que anima, que

hace estas obras; y ¿cómo hacer esa prueba? ¿Qué nos dice la Biblia? ¿Cómo diferenciar una manifestación de otra?

Ya lo dije en los versículos citados: **“...El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos que en él morada. El que no me ama, no guarda mis palabras: y la palabra que habéis oído, no es mía, sino del Padre que me envió”** (Jn.14:23 y 24). La prueba que nos permite diferenciar entre el Espíritu de Dios y el espíritu de error es la obediencia a la santa palabra; la obediencia a los mandamientos.

Algunos dicen que tenemos que guardar solamente los mandamientos de Jesús, los mandamientos de amor, no los mandamientos del Antiguo Testamento, como si éstos fueran de otro dios caduco; pero el Padre y el Hijo son uno, y todos los mandamientos de Dios son del Padre y del Hijo. Aunque algunos fueron temporales, o sea, que tuvieron una vigencia temporal, y ya en el sacrificio de Cristo tuvieron su cumplimiento, otros tienen vigencia permanente, y por eso se nos habla de la ley eterna. La ley eterna no caduca. Dijo Cristo: **“Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas”** (Mat.5:18). Ahí no se refiere a las leyes de los sacrificios, ni a las leyes del sacerdocio, que ya terminaron; se refería a la ley eterna, a la ley de los Diez Mandamientos, que es la base, el resumen de todos los mandamientos que tienen que ver con la moral del hombre. Esa es la clave, eso es lo que nos permite distinguir entre quien actúa por Espíritu de Dios y quien actúa por un espíritu de error: la obediencia nuestra a los mandamientos.

Pero hay una pregunta difícil de contestar: ¿Quién es primero, el huevo o la gallina? Alguien dijo que es el huevo, pero, ¿de dónde salió el huevo? Alguien más dijo que la gallina fue primero, pero, ¿de dónde salió a gallina? ¿Quién puede contestar esto? Es como un círculo (una línea cerrada que no tiene principio ni fin), algo que se repite interminablemente. Bueno, pues en los versículos que les he señalado el Señor nos dice que la obediencia a sus mandamientos es necesaria para que el Espíritu Santo se manifieste en el creyente, pero en otro lugar nos dice el apóstol Pablo que el hombre, en su estado natural, no puede sujetarse a la ley de Dios. **“...no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede... Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros...”** (Rom.8:7, 9). Es decir, que para poder obedecer los mandamientos de Dios es necesario el auxilio del Espíritu Santo, y para alcanzar el Espíritu Santo es necesario obedecer a la ley de Dios. Esto es semejante a ¿quién es primero, el huevo o la gallina? Las dos cosas tienen que ir unidas. Por eso el profeta Jeremías, desde mucho tiempo antes del nacimiento de Jesús, profetizó que, dado que el pueblo escogido había fallado, había violado el pacto santo, vendrían tiempos en que Dios haría un nuevo pacto con su pueblo (esto lo registra también el libro a los Hebreos), y precisamente, ese nuevo pacto no sería establecido sobre leyes diferentes, pues dice: **“...Daré mi ley en sus entrañas, y escribirélas en sus corazones...”** (Jer.30:33). Ya no bastaba que la ley de Dios estuviese escrita en tablas de piedra, sino que ahora el Señor la escribiría en las tablas del corazón del creyente; y en el libro a los Hebreos dice que es el Espíritu Santo el encargado de escribir la ley de Dios en nuestros corazones.

Entonces hermanos, no basta con obedecer a Dios a medias. A una de las iglesias de Apocalipsis le fue dicho: ***“¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”*** (Apo.3:15 y 16). No basta que se contenten con ser creyentes a medias; es necesario que busquen el crecimiento espiritual: más de Dios cada día hasta ser llenos de Dios; más consagrados, más devotos y constantes en la oración, en la alabanza, porque aunque esto no es el todo, es básico para acercarnos a Dios, y a esto nos ayuda el Espíritu cuando ve en nosotros que somos obedientes a su ley, o que por lo menos queremos serlo. El Espíritu nos ayuda a ello.

Entonces, si alguno no acepta las ley de Dios es porque la ley de Dios no está escrita en su corazón. Si alguno la acepta en parte, parcialmente, algunas cosas sí, pero otras no, es porque la ley de Dios no está escrita en su corazón completa, cabalmente. Si alguien rechaza algunos de los mandamientos; si se oculta para violar, para infringir alguno de los mandamientos, esto es señal de que la ley de Dios no está escrita en su corazón, por lo tanto, debe arreglar sus cuentas con Dios, buscarle con más interés cada día tratando de esforzarse por ser fiel, pidiendo la ayuda, la dirección del Espíritu, para que la ley de Dios esté en su corazón y ya no le sea difícil guardarla, sino que sea para él una delicia, un gozo, como decía el salmista David. Nos deleitamos en la ley de Dios cuando es el Espíritu de Dios el que nos mueve y nos ayuda a ello.

Escuché decir en los anuncios que hay la posibilidad de que la próxima semana se celebren cultos de espera en este lugar. Como dije que este mensaje va dirigido con especialidad a los miembros que aún no pertenecen a la Brigada de Luz, quiero darles una orientación: Mediten en estas cosas que les he dicho, oren mucho durante esta semana, estudien las Sagradas Escrituras, y procuren dar pasos de avance acercándose a Dios; pero no esperen al último momento para venir inesperadamente a pedir permiso para esperar, porque la experiencia nos dice que muchos han fracasado por hacer cosas en forma precipitada. Deberían disponer de mucho más tiempo, pero por lo menos tienen una semana para orar, para estudiar, para tomar una decisión firme.

Aquí, la Dirección de nuestra Iglesia tiene un manual de instrucciones para aquellos que quieran esperar en el don del Espíritu Santo (tiene varios; hay un manual para los estudios bíblicos y un manual para los que quieren ser bautizados en agua); si alguno de los presentes tiene interés, hable con los pastores para que le faciliten este curso, le orienten, le ayuden con tiempo para que no venga después, a última hora, a querer forzar un permiso que quizás sea inoportuno. Pero mi amonestación es: No se sientan cómodos en la posición en que se encuentran; necesitan más de Dios para que realmente ustedes pasen a formar parte del cuerpo de Cristo, que es su Iglesia espiritual.

Que el Señor les bendiga es mi deseo y Él tome la gloria y la honra.

Ob. B. Luis